

han de poder contra nosotros, mientras vivamos en gracia. Paz, hermanas mías, mucha paz en el corazón, mucha confianza en Jesucristo, y no temamos ni á la misma muerte, porque ella será la puerta que nos facilite la entrada en la patria de los bienaventurados.



VIDA DE FE



VIDA DE FE



El principio filosófico que «nada se ama sin que antes se conozca». La razón es, porque la voluntad, potencia ciega, necesita una luz que la alumbre y la guíe y la conduzca á amar lo bueno. Esto que sucede en las cosas del orden natural, acontece también en la esfera de lo sobrenatural. En efecto: *el hombre ha sido criado para conocer, amar y servir á Dios en esta vida* (1); y ¿cómo podrá amarle y servirle, si no lo conoce? Además, Dios, sus perfecciones y atributos pertenecen á un orden de verdades tan elevado, que está fuera del alcance del humano entendimiento (2). Luego para que el hombre pueda amar y servir á Dios y conocer sus obras, sus perfecciones y atributos, necesita que una luz increada, que una luz sobrenatural, alumbrando su entendimiento, disipe las tinieblas en que vive acerca de estas verdades (3), y lo ilustre con el conocimiento de Dios y de sus

(1) Deut., VI, 13; Matth., IV, 10;
Luc., IV, 8.

(2) Isai., LIII, 8; Act., VIII, 33.

(3) II. Corinth., IV, 6.

perfecciones infinitas, y de este modo incline la voluntad á amarle y servirle como merece (1).

Pues bien: esa luz tan necesaria al hombre es la fe, virtud sobrenatural, don gratuito que infunde el Espíritu Santo en nuestras almas al recibir el Bautismo (2); y con esta luz, al llegar al uso de la razón, conocemos á Dios, su adorable voluntad, sus atributos y perfecciones, los misterios de la Humanidad de Cristo y otros que nos propone la Iglesia, los cuales no podríamos nunca alcanzar por nuestros sentidos, ni por la sola razón, ni por autoridad alguna humana; y una vez conocidas estas verdades, las creemos firmemente, sin dudas ni vacilaciones, dispuestos, con la gracia divina, á confesarlas en público y aun á dar la sangre y la vida en su defensa, porque las garantiza la veracidad de Dios (3), único fundamento en que estriba nuestra fe católica (4).

Felices nosotros los cristianos, que sin trabajo ni estudio alguno, alumbrados tan sólo por los fulgores vivísimos de la fe, hemos logrado conocer á Dios y amarle y esperar en sus promesas, lo cual no pudieron alcanzar con profundos estudios y enconadas controversias los más renombrados filósofos del paganismo. Pero seremos mucho más dichosos si, penetrados de la eficacia de esta virtud excelentísima, ajustamos nuestra conducta á sus saludables preceptos y enseñanzas. Para lograrlo, procuremos «creer obrando» y «obrar creyendo». Dos puntos que voy á desenvolver con brevedad.

La fe, dice el Doctor Angélico (5), es un don gratuito que el Espíritu Santo infunde en nuestras almas al recibir el santo Bautismo. La fe es el distintivo de los hijos de la Igle-

(1) Ecclesiast., XII, 13.

(2) 2. 2, q. 5, art. 2.

(3) 2. 2, q. 4, art. 8.

(4) Matth., XXII, 16; Marc., XII, 14; Rom., III, 4; I. Joann., V, 9.

(5) 2. 2, q. 5, art. 2; Act., XIX, 6.

sia católica; es la marca ó señal que el Pastor divino, Jesucristo, imprime en las ovejas que pertenecen á su rebaño (1); y quien culpablemente rehusa entrar en este único redil de la Iglesia (2), ó se separa de él por el cisma ó la herejía, vive fuera del Reino de Cristo y dentro del reino de Satanás, dice el Evangelista San Mateo (3); porque «fuera de la »Iglesia de Jesucristo, añade San Agustín (4), «no hay salvación posible» (5). La fe es además el primer móvil de las acciones del hombre; ella se sirve de las demás virtudes como de instrumentos para obrar, pero principalmente de la caridad, como escribe el Apóstol (6). De modo que sin fe no hay virtud verdadera. «Sin fe, dice San Agustín (7), no »hay verdadera humildad, ni paciencia, ni castidad, ni obediencia, ni virtud alguna digna de este nombre, porque las »falta el fundamento». La fe es para las virtudes lo que para el árbol la raíz, que sin ella se seca (8). *Sin fe es imposible agradar á Dios* y obtener la salvación (9), pues dice Jesucristo por San Marcos (10): *El que no creyere, se condenará*. «Todos los hombres, añade Santo Tomás, deben creer algo »sobre su razón natural, deben profesar la fe católica, si »quieren salvarse» (11).

Crear obrando. Como veis, excelente virtud es la fe; ella constituye «la raíz y fundamento de nuestra justificación y »salvación» (12), y es la que distingue al cristiano del hereje y del cismático. Pero, ¿basta tener fe para lograr la salvación? No, de ninguna manera, aunque otra cosa afirmen los protestantes. *¿De qué servirá,* dice el apóstol Santiago, *el que uno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe*

(1) Rom., IV, 11.

(2) Joann., X, 16.

(3) Matth., XVIII, 17.

(4) Epist. 185.

(5) I. Timoth., I, 20.

(6) Galat., V, 6.

(7) Lib. IV, cont. Julian., cap. 3.

(8) Parra, part. 1.^a, plát. 3.^a.

(9) Rom., XIV, 23; I. Timoth., II, 15; Hebr., XI, 6.

(10) Marc., XVI, 16; Joann., VIII, 24.

(11) 2. 2, q. 2, art. 3.

(12) Conc. Trident., sess. VI, cap. 8.

salvarle? Suponed que vuestro hermano está desnudo y hambriento: ¿de qué le servirá que alguno de vosotros le diga: ve en paz, defiéndete del frío y come cuanto quieras, si no le dais lo necesario para reparo del cuerpo? Así la fe, si no va acompañada de obras, está muerta en sí misma (1). El hombre será colmado de bienes, dice el Sabio, según fueren las obras de sus manos (2). San Juan, en su Apocalipsis, oyó una voz del cielo que decía: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; esto es, bienaventurados los que mueren en la fe y en la confesión de Jesucristo: que descansen de sus trabajos, puesto que sus obras los acompañan (3). Lo mismo escribe San Pablo á los fieles de Tesalónica y de Corinto (4). Baste el testimonio de Jesucristo: No todo aquel que me dice Señor, Señor, entrará por eso en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial (5); «porque el reino de los cielos, dice San Hilario, no se logra con solas palabras de una fe muerta y estéril, sino con el cumplimiento de la voluntad de Dios, contenida en sus preceptos.»

Pero estas buenas obras que han de acompañarse con la fe, ¿bastarán por sí solas para salvarnos? Tampoco. Por grande que sea nuestra fe, y aunque merezcan calificarse de heroicas nuestras obras, carecerán de mérito á los ojos de Dios si no proceden de la caridad, raíz del mérito sobrenatural. O lo que es lo mismo: es necesario que el alma esté en gracia de Dios al practicar esas buenas obras, porque faltando la gracia falta la caridad, y sin caridad no hay merecimiento digno de premio. Lo dice San Pablo con estas palabras: Aunque yo tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias; y aunque tuviera tanta fe que

(1) Rom., IX, 32; Tit., III, 8; Jacob., II, 17; Jacob., II, 22.
 (2) Prov., XII, 14; Prov., XXIV, 12.
 (3) Apocal., XIV, 13.
 (4) Matth., XVI, 27; Rom., II, 6;

I. Corinth., III, 8; II. Corinth., V, 10; I. Thessal., I, 3.
 (5) Matth., VII, 21; Rom., II, 13; Jacob., I, 22.

lograse trasladar los montes de una á otra parte; aunque distribuyese todos mis bienes para sustento de pobres y entregara mi cuerpo á las llamas; si me falta la caridad, de nada me serviría todo lo dicho (1). Ya veis, hermanas mías, qué obras tan heroicas menciona el Apóstol: don de profecía, fe capaz de trasladar montes, renuncia de todas las riquezas para remedio de pobres... pues nada son delante de Dios sin la gracia y la caridad. Ella es la reina de las virtudes (2); por ello San Pablo hace tantas ponderaciones en su elogio. Tan excelente es esta virtud, que el mismo Dios se llama caridad, dice el Evangelista San Juan (3). De modo que más cerca está el alma de la perfección por un acto de caridad, que por la práctica de muchas virtudes y mortificaciones; por ello el Apóstol no pide á los fieles de Filipo que multipliquen los ejercicios espirituales, sino que la caridad abunde en ellos más y más (4). Quedamos, pues, en que nada aprovecha la fe si no va acompañada de caridad y buenas obras, como dice el Catecismo. Por eso dije al principio que debemos «crear obrando»; y esto, por misericordia de Dios, estáis practicándolo todos los días con edificación de los fieles, que contemplan vuestro heroísmo, y con regocijo de los ángeles, que entretejen las coronas que han de ceñir vuestras sienes en la patria de los bienaventurados. Lo segundo que debemos procurar con empeño, ayudando Dios, es:

Obrar creyendo. Este punto merece tratarse con algún detenimiento, porque es muy esencial para la vida cristiana y aun para la religiosa. Al decir que debemos «obrar creyendo», quiero dar á entender que las obras buenas en que nos ocupamos debemos practicarlas, no llevados por la costumbre ó impulsados por motivos humanos, ni mucho menos

(1) I. Corinth., XIII, 2.
 (2) I. Corinth., XIII, 13.

(3) I. Joann., IV, 8.
 (4) Philipp., I, 9.